

El sentido de la emancipación tras la era neoliberal

José Ovidio Álvarez Rozada. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo. Profesor de Filosofía en el IES Padre Feijoo, Gijón (España).

Resumen

La crisis global de 2008 trajo consigo un resquebrajamiento de los discursos de legitimación que habían imperado en Europa desde los años ochenta, al tiempo que se hacía patente el deterioro del nivel de vida de las clases populares, con una pérdida de derechos laborales y sociales, la ruptura de las expectativas de ascenso social y una transferencia de renta hacia los grandes agentes financieros y empresariales. Los instrumentos de redistribución asociados al mermado estado del bienestar se han venido debilitando como efecto de políticas austeritarias, al tiempo que fenómenos especulativos en áreas tan sensibles como la vivienda han cebado un sentimiento creciente de inseguridad que está dando alas a nuevos movimientos xenófobos. El deterioro efectivo del nivel de vida se anuda con una notable transición geopolítica que nos arroja hacia un mundo multipolar, coronado por la emergencia de China como principal potencia.

El sentido de qué pueda ser hoy la emancipación social no puede sustraerse a las dinámicas de esta era turbulenta, donde la historia, lejos de haber concluido, parece rodar frenética buscando nuevos rumbos. A decir de Nancy Fraser, las luchas por el reconocimiento deben articularse con la pugna por la redistribución efectiva de la riqueza material y la recuperación de derechos laborales y sociales, salvo que quiera dejársele el campo abonado a los nuevos movimientos reaccionarios y a la Alt Righth. Y ello obliga a penetrar de raíz en la dialéctica entre un globalismo que pretende proseguir con la agenda neoliberal, y un soberanismo impugnador que debe disputársele a los movimientos xenófobos.

Palabras clave: emancipación, geopolítica, redistribución, reconocimiento, representación, soberanía

Abstrac

The global crisis of 2008 brought about a breakdown in the discourses of legitimation that had prevailed in Europe since the 1980s, at the same time as the deterioration of the standard of living of the popular classes was evident, with a loss of labor and social rights, the rupture of the expectations of social ascent and a transfer of income towards the big financial and business agents. The instruments of redistribution associated with the reduced welfare state have been weakening as a result of austerity policies, while speculative phenomena in areas as sensitive as housing have triggered a growing sense of insecurity that fuels the new xenophobic movements. The effective deterioration of the level of life is linked to a remarkable geopolitical transition that pushes towards a multipolar world, crowned by the emergence of China as the main power.

The meaning of what social emancipation can be today can not be subtracted from the dynamics of this turbulent era, where history, far from being concluded, seems to run frantically in search of new directions. According to Nancy Fraser, the struggles for recognition must be articulated with the struggle for the effective redistribution of material wealth and the recovery of labor and social rights, unless the field for the new reactionary movements and the Alt Righth is left to it. And this obliges us to penetrate the root of the dialectic between a globalism that pretends to continue with the neoliberal agenda, and an objectionable sovereignty that must be challenged to the xenophobic movements.

Keywords: emancipation, geopolitics, redistribution, recognition, representation, sovereignty

eikasía

El sentido de la emancipación tras la era neoliberal

José Ovidio Álvarez Rozada. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo. Profesor de Filosofía en el IES Padre Feijoo, Gijón (España).

I. Introducción: la emancipación tras la ruptura del marco keynesiano-westfaliano

El concepto emancipación procede del ámbito del derecho, consistiendo su sentido originario en alcanzar la condición adulta al extinguirse la patria potestad o el proceso de manumisión de un esclavo, que alcanzaba mediante este proceso la libertad, o de un siervo que era dispensado de la servidumbre. Se deriva de la palabra latina *emancipare*, antónimo de *mancipare*, verbo éste relacionado etimológicamente con *manus* (mano) y que venía a significar estar en manos de otro, ser entregado a manos del verdugo o ser objeto de compraventa. En general, la emancipación supone liberarse de una tutela para alcanzar la autonomía.

Fue en la Edad Moderna, particularmente en el marco de las revoluciones liberales, donde la noción de emancipación se cargó con nuevos sentidos, convirtiéndose en una idea central de la Filosofía Política moderna y contemporánea. Se interpreta ahora como el proceso de transformación política, no ya meramente un trámite jurídico, por el que un individuo y sobre todo una comunidad o un colectivo se liberan de una situación de dominación que lastra el desarrollo de la autonomía personal, a través de una ruptura con una situación opresiva previa. La emancipación se entenderá como la base de la noción de libertad moderna y se conectará estrechamente con las nociones de justicia y de progreso social. En la actualidad, la idea de emancipación ha alcanzado nuevos sentidos, coordinada con el movimiento feminista, los movimientos de descolonización y las problemáticas del ecologismo.

Pero, ¿es siempre la emancipación un episodio único, un acontecimiento de ruptura simbólica e institucional, que trasmuta el orden político inaugurando una

nueva época? La proximidad de la emancipación con los procesos revolucionarios modernos y con la idea de transformación de las relaciones sociales de producción como base de la liberación de las capas trabajadoras reforzó esa concepción. Opera aquí una visión de la historia como un proceso lineal progresivo. Sin embargo, la transformación política discurre por cauces tortuosos, la pluralidad de factores que condicionan el curso histórico y la forma de conducirse respecto a ellos de los diversos agentes e instancias pueden componerse de formas alternativas, alejadas de cualquier necesitarismo. En consecuencia, deben diferenciarse varios niveles y varios tipos de emancipación, conectados entre sí de forma polémica, no siempre coincidentes, consistentes en remover las diferentes formas de desigualdad que pueden manifestarse en la sociedad

Nancy Fraser en *Fortunas del Feminismo* ha diferenciado tres sentidos fundamentales en que pueden concebirse las reivindicaciones de justicia social, entendidas siempre como luchas por lograr la paridad participativa en los diferentes planos de la vida social (Fraser, 2015, pp. 221 y siguientes). Se trataría, precisamente, de tres formas de entender la emancipación. De una parte las reivindicaciones redistributivas, que pugnan contra la desigualdad en el acceso a la riqueza, tanto desde la perspectiva de la tenencia de los medios de producción y recursos, como del disfrute de los bienes y servicios producidos. La redistribución fija las condiciones materiales de vida y establece la estructura de clases. Por otra parte, tenemos las reivindicaciones de reconocimiento, vinculadas a la remoción de formas culturalmente fijadas de discriminación por razón de género, etnia, orientación sexual, etc., que establecen una desigualdad de estatus. Y finalmente, las reivindicaciones ligadas a la representación, consistentes en la habilitación de los diversos colectivos para interactuar en el plano institucional, así como las cuestiones derivadas de la desafección ciudadana frente a los instrumentos de participación en la esfera pública y elección de representantes políticos.

Esas tres dimensiones están complejamente trabadas entre sí, al tiempo que son mutuamente irreducibles. La desigualdad material suele traer aparejados mecanismos ideológicos clasistas que estigmatizan a los colectivos empobrecidos, en particular cuando se ha difundido el mantra ideológico de la competencia neoliberal, que hace responsable al sujeto de su posición social. Por otro lado, la pobreza suele

estar racializada y existen importantes elementos de discriminación laboral y económica vinculados al género. Sin embargo, muchos de los elementos de discriminación simbólica o por estatus operan en toda la jerarquía social.

Para Fraser, la globalización neoliberal ha resquebrajado el marco de referencia keynesiano-westfaliano, que articuló el contrato social en Occidente tras la II Guerra Mundial. Se refiere con esto a un espacio internacional donde se reconoce formalmente la existencia de estados soberanos con capacidad de tomar decisiones político-económicas autónomamente respecto a sus respectivos ámbitos de influencia, aunque hubiera unos tratados que acotasen los límites de su actuación. Se trata de un imaginario que bebe del esquema que emergió históricamente con la firma de la Paz de Westfalia. Obviamente habría que precisar que ese marco respondía más a una representación simbólica que a la realidad de un periodo entre 1945 y 1980, en que no dejaban de producirse injerencias de grandes potencias, al tiempo que los países europeos acometían un proceso de descolonización de sus antiguos dominios. Éstos alcanzaban o recuperaban así su entidad nacional. En todo caso, los márgenes de actuación para las políticas públicas en Occidente sí eran significativamente superiores.

Los fenómenos de internacionalización del capital, privatización de servicios públicos, deslocalización y la aparición de instituciones transnacionales que han impulsado políticas de austeridad y el recorte de los derechos sociales y civiles, han quebrado los espacios de representación y acción política, al socavar la capacidad soberana de las ciudadanías. Si la capacidad de operar ante las inequidades materiales, no tanto aquellas relacionadas con el estatus, ya no está en el marco del estado nación, en el que se ejerce el derecho de participación política, el resultado es una desafección creciente de las poblaciones que abre la puerta al auge de fuerzas reaccionarias de carácter xenóforo.

Pero la globalización y las doctrinas neoliberales entrañan una retórica de superación y disolución de los estados que no se corresponde con la realidad. Lo que se oculta tras ellos es un fenómeno de configuración del sistema-mundo tras la quiebra del bloque socialista que respondía al proyecto político de vertebración hegemónica de las dirigencias de Estados Unidos y los países situados en su órbita, en colaboración polémica con un entramado multinacional. Esa situación ha

cambiado sustancialmente en lo que llevamos de siglo XXI, dando lugar un horizonte mundial multipolar, con la irrupción de China como gran potencia económica y política.

De esta suerte, cualquier discusión sobre la emancipación que apunte hacia el cuestionamiento de las formas de vida tendrá que hacerse cargo de este marco geopolítico.

En la primera parte de este trabajo se tratará de delinear cómo el nuevo ámbito geopolítico, tras la globalización neoliberal, así como la conformación cultural que ésta ha inducido, fijan el horizonte de las discusiones sobre emancipación. En la segunda parte, volveremos sobre el concepto de emancipación, analizando su evolución histórica y aproximándonos, someramente, a la forma de tratarlo en la actualidad y las problemáticas que la rodean.

II. Del neoliberalismo al postneoliberalismo: la emergencia de la geopolítica

1) Delineando la doctrina neoliberal

El neoliberalismo, sin desatender su polisemia, puede considerarse una visión antropológica general que incorpora una serie de concepciones acerca de la sociedad, el derecho y el progreso social, articuladas en torno a la entronización del mercado como piedra angular de la vida humana y auténtica objetivación de la libertad humana ¿Es esto sustancialmente distinto al liberalismo clásico, del que los neoliberales se reclaman genuinos herederos? Ciertamente, la filosofía política de John Locke, Adam Smith o Jefferson situaba el mercado como una instancia natural, núcleo de una socialidad humana básica, sustanciada en el intercambio de mercancías. Mediante la concurrencia en el mercado, el intercambio de mercancías a través de una compraventa, donde cada cual buscaría el propio beneficio, las sociedades progresarían generando bienestar e innovaciones que redundarían en beneficio colectivo.

La idea de fondo, que retienen las actuales teorías liberales, es que los sujetos serían sustancias autónomas, dotadas de una serie de derechos naturales fundamentales, al frente de los cuales estarían la propiedad privada personal y la

libertad, entendida fundamentalmente como ausencia de constricciones para desarrollar el propio pensamiento y disponer de la propia propiedad en aras a la búsqueda de la felicidad personal. Ahora bien, para los liberales clásicos, la propiedad en tanto derecho no era una potestad irrestricta, sino que se consideraba que la propiedad era legítima en la medida en que consistía en disponer de unos bienes necesarios para subsistir a partir de los frutos del propio trabajo. La defensa de la propiedad y el mercado, entonces, era un principio pensado frente a las relaciones de vasallaje del Antiguo Régimen, frente a la acaparamiento de riquezas y tierras en manos de clases ociosas que desposeían al resto. El liberalismo clásico abogaba por la remoción de trabas arancelarias y diezmos a beneficio de clero y nobleza que sofocaban el desarrollo de las relaciones mercantiles, en las que residiría la verdadera esencia de la socialidad. Además, la propia enunciación de los derechos naturales impugnaba los principios de la sociedad estamental, que limitaba las potestades políticas del pueblo llano y, en particular, de la burguesía mercantil.

El actual neoliberalismo es solidario de la llamada globalización neoliberal, un proceso histórico político y, sobre todo, un cúmulo de discursos de legitimación (el globalismo) que podemos identificar con la etapa de capitalismo triunfante tras la implosión del bloque soviético, caracterizada por la hegemonía de Estados Unidos.

Fue el economista Alexander Rustow, en una conferencia en el Coloquio Walter Lippmann de 1938, quien acuñó el rótulo neoliberal, defendiendo el principio de no intervención estatal en la dinámica económica, en confrontación con los preceptos de la economía keynesiana y las políticas de estímulo de demanda e intervención pública en el mercado. Con posterioridad, el término acabaría siendo utilizado fundamentalmente por las izquierdas políticas, para referirse a todas las corrientes de pensamiento económico-político inspiradas en mayor o menor grado por la Sociedad Mont Pelerin, promovida por Friedrich von Hayek en la estela del Congreso Lippmann. El Monetarismo, la Teoría Subjetiva del Valor o las políticas de control inflacionario configuran el corpus doctrinal heterogéneo que suele ser definido como neoliberalismo. En conjunto, lo que proponen, con sus respectivos matices, son políticas de desregulación del mercado laboral, abaratando el despido y suprimiendo el salario mínimo, junto a sustanciales rebajas de los instrumentos de fiscalidad progresiva y gravámenes a grandes empresas, en la idea de que la

reducción de restricciones a los agentes económicos genera de por sí más actividad económica y bienestar material al favorecer el libre mercado. Además, desde la tesis complementaria de que el mercado es por definición el espacio que propicia una gestión eficiente de los recursos a través de mecanismos de competencia darwiniana, se promovieron toda una serie de políticas de privatización y externalización de empresas y servicios públicos. Se dismantelaron los acuerdos establecidos en Breton Woods tras la II Guerra Mundial para regular el mercado financiero y evitar prácticas especulativas como las que propiciaron el crac de 1929, favoreciendo una creciente financiarización de la economía y la proliferación de prácticas especulativas que desembocaron en la crisis de 2008, tras la quiebra del mercado hipotecario estadounidense.

Miguel Ángel Contreras caracteriza el neoliberalismo en su ensayo *Crítica a la Razón Neoliberal* descomponiendo su ontología política y su epistemología subyacente. A nivel ontológico el gran artífice sería Hayek, con su texto *Camino de Servidumbre* y sus teorizaciones sobre la libertad. Para el pensador austríaco la sociedad no es una agregación armónica de individuos, sino que tendría su sustrato natural en el mercado, donde las individualidades competerían en ausencia de coacción y guiándose por un cálculo basado en la maximización de beneficio particular, forzadas a innovar y reinventarse permanentemente, generando todo un despliegue de preferencias de consumo y dinámicas de eficiencia que habría que saber interpretar. El esquema no difiere del liberalismo clásico, salvo en que Hayek abstrae de su análisis las prácticas oligopólicas o los fenómenos de concentración de riqueza, así como la desigualdad histórica de partida de los agentes convocados al mercado. El conjunto se entendería como un proceso natural, expresión de la ausencia de dominación, que ha de ser defendido de cualquier distorsión artificial generada por el estado y las tentativas reguladoras de carácter buenista. El estado ha de convertirse en un estado mínimo, en la fórmula de Samuel Konkin, que se limite a garantizar la libre concurrencia mercantil y la no distorsión de la misma.

En el plano epistemológico, sería la entronización de lo que los teóricos frankfurtianos llaman el racionalismo disminuido lo que marcaría la pauta doctrinal. La razón es aquí identificada con un mecanismo biológico individual, inscrito en cada individuo normal, consistente en buscar el propio beneficio y evitar los

perjuicios en seno de la concurrencia mercantil. La elaboración de teorías explicativas de la realidad y los mecanismos de deliberación acerca de la propia conducta se pensarían así al margen de la inserción histórica de los sujetos, animados por una pauta conductual fijada a priori a escala del individuo. Karl Popper sería uno de los epistemólogos de referencia. Para él, en línea con la tradición humeana, una teoría no puede probarse nunca, pues no es posible validar un principio universal a través de su contrastación mediante experiencias particulares; de esta forma, sólo cabría testar una teoría, a través de predicciones experimentales que permitirían refutarla, consistiendo el progreso cognoscitivo en ir eliminando teorías erradas, aproximándonos asintóticamente a la verdad por vía negativa a la manera como las diversas estrategias empresariales se ponen a prueba en el mercado. Más allá de las críticas a la epistemología falabilista de Popper, tanto desde la interdependencia teórica formulada por Quine y Lakatos, mostrando que las teorías no concurren aisladas al tribunal de la experiencia, como desde la perspectiva kuhniana que vendría a componer las prescripciones metodológicas con la enunciación histórica de marcos paradigmáticos que fijan las concepciones de la realidad que definen cada espacio teórico, lo sustancial es que Popper extrae de su planteamiento la derivada política de proscribir cualquier enunciación teórica que formule principios de planificación o haga predicciones sobre la evolución global de la sociedad, dado que la dinámica de ésta se derivaría de un cúmulo de decisiones individuales que nadie puede controlar en su conjunto.

La plasmación social de este ideario se expresaría en la entronización de la individualismo como principio de actuación, entendiendo la dinámica social como un juego de competencia y consumo, donde es obligación del individuo ser creativo, eficiente, emprendedor y competitivo, siendo su posición social y sus condiciones de vida responsabilidad suya, siempre y cuando el mercado no haya sido interferido o el estado no haya desmayado en una lógica confiscatoria que busque desposeerlo, vía impuestos, de los beneficios de su trabajo.

2) La revolución neoliberal.

Si bien hemos hablado de sus fundamentos doctrinales, el neoliberalismo no puede desconectarse de los procesos políticos y las reorganizaciones de los

equilibrios de clase que se produjeron tras la crisis de estanflación de los años 70, que pondría en solfa los pilares del pensamiento keynesiano. El pacto social configurado tras la II Guerra Mundial estableció en Europa los llamados estados del bienestar, cimentados sobre mecanismos de progresividad fiscal, redistribución de riqueza en forma de servicios públicos que aseguren la cohesión social y la idea de que el estado debe de garantizar el bienestar material de la población cubriendo sus necesidades básicas. Esto hizo que las aspiraciones de emancipación social, en especial tras la II Guerra Mundial, comenzaron a redefinirse en términos de consolidación y ampliación del estado del bienestar: seguridad y derechos laborales, reducción de jornadas, regulación de los flujos de capital y configuración de un fuerte sistema público que garantizase la cobertura de estas necesidades. La subjetividad tipo de la época se pensaba realizándose en el marco de una sociedad de consumo suavizada por fuertes mecanismos de protección y reparto de riqueza, donde los sindicatos eran reconocidos como un interlocutor efectivo de gobiernos y patronal, con capacidad para fijar los términos de las relaciones laborales a través de los convenios colectivos, alejándose así de la tentación revolucionaria. Los desarrollos de Marcuse en *El Hombre Unidimensional* han de verse asentados en tal marco vital. Si las capas subalternas no pueden configurar expectativas vitales más allá de los marcos de la sociedad de consumo, la unilateralidad a la hora de pensar su proyecto de vida sin aspirar a rebasar las relaciones sociales capitalistas es justamente por el éxito del estado del bienestar para canalizar las demandas más sustanciales en su época de esplendor, al tiempo que la conformación del deseo bajo las pautas del consumo capitalista se concretaba en elementos como las vacaciones pagadas, la promoción social en el trabajo, el acceso al vehículo particular o a la cultura y los espectáculos de masas.

Tal planteamiento comenzó a gestarse como respuesta a las demandas y la capacidad de movilización del movimiento obrero en el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del XX. Los sistemas de provisión social bismarckianos, las leyes contra el trabajo infantil en Inglaterra, los conquistas salariales y los sistemas de pensiones no fueron la expresión del progreso histórico propiciado por la propia dinámica del capitalismo, como pretenden los planteamientos liberales, sino la expresión de conquistas de los sectores populares, tanto en el plano laboral como en

lo que respecta a los derechos civiles con la consecución del sufragio universal o el sufragio femenino. Como se ha señalado numerosas veces, la plasmación definitiva de los sistemas de bienestar europeos tras la II Guerra Mundial obedece a la necesidad de evitar la radicalización de las demandas obreras inspiradas por la existencia del contramodelo soviético.

La crisis de los años setenta mostró los límites de las políticas de estímulo de demanda para absorber los excedentes productivos y proporcionar espacios de inversión rentable al capital. La difusión de las doctrinas neoliberales ha de entenderse como una ofensiva de las élites económicas para redefinir los términos del contrato social. La implosión de la Unión Soviética dejó el campo abierto para la configuración de un nuevo marco ideológico.

La revolución neoliberal comenzaría de la mano de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, cuyos gobiernos en Estados Unidos y Reino Unido inaugurarían toda una ofensiva ideológica y una batería de medidas económicas que terminaron por fijar un marco doctrinal hegemónico durante décadas. El neoliberalismo sería en realidad la cosmovisión propia de todos los procesos entrañados en la globalización neoliberal y la profunda reorganización económico-social que se gestó a través de ella. Hablamos de la privatización y externalización de servicios estratégicos, desmontando los sistemas de protección pública para generar nichos de negocio a los grandes inversores privados; de recortes sustanciales en los derechos laborales, y de la deslocalización de amplios sectores industriales desde países occidentales a Asia, Europa del Este o Latinoamérica, a la búsqueda del abaratamiento de costes de producción mediante la instalación en países con menos derechos laborales o regulaciones medioambientales menos rigurosas.

Tales procesos, facilitados por las mejoras tecnológicas del ámbito informático y la reducción de los costes de transporte, iban parejos a dinámicas sostenidas de concentración oligopólica del capital en consorcios multinacionales, fundidos con operadores financieros que jugaban con los paquetes accionariales a través de prácticas especulativas. Las deslocalizaciones no respondían tanto a la venta de las empresas de la esfera productiva, como a que las matrices externalizaban la producción a empresas radicadas en el tercer mundo pero pertenecientes al mismo

conglomerado empresarial. La firma matriz mantenía el control de las patentes, la distribución y el capital simbólico.

Todo este mecanismo, combinado con dinámicas de financiarización que acabaron estallando en la crisis de las hipotecas subprime de 2008, se ha redondeado con las nuevas fórmulas empresariales basadas en plataformas digitales que controlan la distribución y los flujos de compraventa. Se trata de los modelos representados por Uber, Globo o Amazon, que no producen ni ofrecen propiamente servicio alguno, sino que interconectan a productores y consumidores erigiéndose en puntos de tránsito obligado en régimen de oligopolio, dada su condición de multinacionales que además se benefician de entramados de ingeniería fiscal y radican sus matrices en paraísos fiscales. En el caso de Uber, además, conforma un modelo laboral basado en la conversión de sus empleados en falsos autónomos privados de los derechos propios de un trabajador formalmente contratado (recientemente este tipo de empresas han recibido algunos reveses judiciales en relación a sus modelos contractuales), que supone una práctica de competencia desleal y un modelo de precarización extrema.

3) El retorno de lo reprimido: la emergencia de la geopolítica

En la película de Sidney Lumet, *Network*, de 1976, la vieja gloria de los informativos del grupo UBS, Howard Beale, reconvertido en un bufón que lanza mensajes histriónicos en la línea del conservadurismo estadounidense, descubre que su empresa va a ser adquirida por un conglomerado árabe y frustra la venta lanzando una proclama nacionalista en horario de máxima audiencia. El magnate de la comunicación Arthur Jensen lo cita en su despacho y, en una atmósfera cuidadosamente preparada, le explica su cosmovisión en tono de sermón eclesiástico. Jensen comienza su exposición advirtiéndole al presentador de que “se ha entrometido con las fuerzas primarias de la naturaleza”, y la concluye afirmando que ya no existen ni América ni Arabia, sólo Shell, IBM, Texaco..., grandes corporaciones que promueven flujos de compraventa.

El discurso de Jensen parodia soberbiamente los ejes ideológicos del neoliberalismo. El mercado y sus procesos serían instancias naturales. La política y

los intereses nacionales o sociales no serían más que rémoras nostálgicas o puros trampantojos que se entrometerían en el curso natural de las cosas, expresado en lo que después dará en llamarse globalización a través de la generalización mundial de la competencia. “There is no alternative”, sentenciaría después Margaret Thatcher, con el mismo aplomo mesiánico que el magnate Jensen.

Cabe decir, además, que el neoliberalismo se desdoblará, como señala Nancy Fraser, en dos expresiones. El neoliberalismo conservador, que se anudará con el viejo darwinismo social, preconizando que no tiene caso gastar dinero público en políticas de bienestar, que a lo sumo pueden ser admitidas como elementos de caridad para sectores no competitivos de la sociedad o con poca disposición al trabajo, y se conectará con elementos doctrinales reaccionarios de matriz religiosa: se trata del llamado neoconservadurismo representado por la administración Bush. De otro lado, tenemos a una versión progresista del neoliberalismo que asume y redefine las demandas del feminismo, el ecologismo o los movimientos contra la discriminación racial, descuajándolos de cualquier cuestionamiento del modelo económico y reduciéndolos a reivindicaciones de carácter ético o a opciones de vida personal que han de hallar satisfacción en el marco del consumo capitalista. La llamada Tercera Vía promovida por el sociólogo Anthony Giddens, en la que se embarcarán los partidos socialdemócratas europeos, o el Partido Demócrata de los Clinton y Al Gore, representa esta posición. El neoliberalismo progresista asumirá los mismos parámetros en materia laboral y económica que su versión reaccionaria, diferenciándose fundamentalmente en el plano de los derechos civiles.

La cuestión clave es: ¿qué tanto hay de retórica y qué tanto de concepción efectiva de la realidad sociopolítica en el discurso neoliberal en sus diferentes vertientes? Por de pronto hay que advertir que los procesos de reordenación política que supuso el neoliberalismo difícilmente pueden interpretarse sin introducir un factor clave: los estados y sus dinámicas de dominación y de subordinación, y la relación de los aparatos estatales con las estrategias impulsadas por los diferentes sectores empresariales y financieros.

Para David Harvey, desde la perspectiva de su reinterpretación geográfica del marxismo, las claves de la economía mundial, dominada por el proceso de acumulación capitalista, vienen dadas por unos límites intrínsecos a la ampliación

del beneficio resultante de las inversiones del capital y las dinámicas de intercambio de mercancías, flujos de circulación de capital que discurren en ámbitos transestatales o intraestatales, y soluciones espaciales impulsadas por los grupos de poder de los estados o de estructuras transnacionales. En línea con la teoría marxista, los límites a la ampliación del capital resultan de que la propia competencia capitalista genera dinámicas de concentración monopolística, sobrecapacidad productiva y excedentes de producción, caída de capacidad de consumo del elemento laboral por las contenciones salariales o sobreacumulación de excedentes de capital que no encuentran espacios para su reinversión. Al observar los efectos históricos de estos límites se advierte la naturaleza eminentemente política de las dinámicas económicas. Es justamente la colusión histórica entre las élites económicas y las estructuras del estado, y su compleja dialéctica, la que define las soluciones posibles a los límites de la acumulación. Los flujos de circulación del capital van de la mano de estrategias diplomáticas, de dispositivos legales que regulan la producción, la política monetaria y el marco laboral, estrategias de diversificación económica, explotación de recursos o construcción de infraestructuras que requieren del concurso de los estados, en función de su papel en el marco del sistema mundo, grandes proyectos de investigación que requieren de la colaboración público-privada, cuando no intervenciones militares para controlar recursos o enclaves estratégicos.

La ordenación de la economía mundial pasa por la dinámica entre los agentes estatales, en función de los bloques de poder que cristalicen a escala nacional y en los diversos ámbitos en que operen el estado y los grupos multinacionales financieros. De esta suerte, el proyecto neoliberal y la globalización aparecen como la expresión de un proyecto de dominación imperial promovido por los bloques de poder estadounidenses y sus alianzas internacionales tras el colapso soviético, así como de instancias reguladoras de la economía mundial, el FMI y el BM, cuya potestad para ordenar la economía y sus parámetros de acción dependen de su reconocimiento por las grandes potencias alineadas, así como de la capacidad de influencia política de los grandes capitales y el sector financiero.

Si la imagen construida por la retórica neoliberal nos habla de una realidad económica descentrada, ajena a cualquier concepción ideológica, porque sería un

entorno natural de flujos de dinero y mercancía que dibujarían un espacio homogéneo y desterritorializado, la realidad, especialmente tras la última crisis económica y las tentativas de reorganización, nos presenta la dialéctica del sistema-mundo erizada de intereses geopolíticos, de procesos de integración regional que rompen la presunta homogeneidad al presentarnos áreas de especialización económica resultantes de proyectos políticos a largo plazo que han ido cambiando los alineamientos internacionales.

El discurso neoliberal ha sido contestado por diversas vías. Pero su más palpable recusación, como nos advierte Esteban Hernández en *El Tiempo Pervertido*, viene de la mano de la reaparición de lo reprimido: la geopolítica. La pugna entre los diversos agentes estatales por áreas de influencia, las tácticas gubernamentales, inscritas en lecturas políticas que definen las estrategias con que se juega en el campo de fuerzas del orden internacional, condicionadas por factores geográficos, sociológicos e históricos, en los que también operan los poderes económicos y financieros, definen unos equilibrios dinámicos y cambiantes que se plasman en una cartografía asimétrica.

La paradoja de la globalización, como estrategia de reordenación económico-política, es que ha desplazado los centros productivos hacia Asia, forzando una terciarización de las sociedades occidentales y una pauperización de sus capas medias, con los consiguientes fenómenos de desafección social y una caída de la capacidad de consumo que se palió mediante el recurso a la desregulación del crédito personal, con todos sus riesgos. Sin embargo, como señala Giovanni Arrighi en *Adam Smith en Pekín*, China se ha beneficiado de este proceso, situándose como segunda potencia mundial y acometiendo desde la reforma de Deng Xiaoping una estrategia de promoción de áreas de desarrollo empresarial, reteniendo sin embargo el control estatal de las palancas financieras y de los resortes de la producción energética y la distribución, promoviendo la adquisición de infraestructuras en Europa en conjunción con un ambicioso programa de construcción de vías de comunicación y transporte (la Nueva Ruta de la Seda), al tiempo que mejora paulatinamente sus condiciones salariales internas para ampliar el mercado propio. Hoy China ya no compite meramente mediante menores costes salariales, aprovechándose de un modelo político autoritario que restringe los derechos

personales, sino que ofrece sectores de alto valor añadido y alta incorporación tecnológica.

Lo sustancial, más allá de que la retórica naturalizadora, es que la dinámica neoliberal supone una estrategia de subordinación de los aparatos de los estados, y de la estructuras de poder de las potencias dominantes a los intereses de los sectores empresariales y financieros transnacionales. Mientras, el modelo chino somete los poderes económicos al control y la planificación de sus estructuras de estado.

El horizonte postneoliberal es precisamente la nueva situación que se ha abierto cuando, ante la obvia regresión social, la fuerza del discurso legitimador neoliberal, en su versión conservadora y en su versión progresista, se ha resquebrajado. Cualquier consideración sobre las estrategias emancipadoras en el siglo XXI tendrá que partir del análisis de este marco geopolítico y hacerse cargo de que la revuelta de los perdedores de la globalización en Occidente está siendo capitalizada, salvo excepciones, por discursos reaccionarios que, con notables diferencias entre diversas sociedades, apelan a un cierre nacionalista xenófobo o autoritario.

Es el caso de Donald Trump, que aparece como un candidato excéntrico en el marco de las primarias republicanas, aunque era un multimillonario con una enorme presencia mediática, y que logra hacerse con la presidencia con un discurso neoconservador en la tradición decimonónica estadounidense. El discurso de Trump tiene elementos comunes al del Tea Party o al de los neocon de la administración Bush, pero con diferencias sustanciales. Frente a las posiciones globalistas que caracterizan al neoliberalismo en sus dos vertientes, el trumpismo plantea un programa ultraliberal respecto al plano interno, abogando por el desguace de los seguros sanitarios obligatorios establecidos por Obama y por un recorte de los programas de protección social, combinado con una retórica proteccionista frente a la competencia de multinacionales extranjeras o los procesos de deslocalización, situando a la élite financiera y a la burocracia de Washington como responsables de haber hipotecado el futuro del país abriendo el paso a intereses extranjeros. Aspectos centrales del discurso trumpiano son también plantear que Estados Unidos deje de financiar el entramado militar de la OTAN, presionando al resto de países adheridos para que incrementen su gasto en defensa, y criticar abiertamente el proceso de integración europea defendiendo la salida del Reino Unido de la misma. Más allá de

cuánto haya en este discurso de retórica, lo cierto es que apunta a una serie de reconfiguraciones políticas que responden al fracaso de la estrategia en Oriente Medio de las dos anteriores administraciones estadounidenses, y sobre todo a la llegada de un mundo multipolar en el que China despunta como gran competidor de Estados Unidos por la hegemonía mundial.

II. Análisis de la noción de emancipación

1) Orígenes de la idea de emancipación: subjetividad y estado.

Como señala Antonio Campillo en su artículo “Sobre las formas y los límites de la Emancipación”, la emancipación se configurará en torno a tres campos sociales diferenciados, cada uno con sus propios ritmos, su dinámica y su historia desde el inicio de la Modernidad: el campo religioso, el campo científico y el campo político. Es precisamente Kant, desde las claves del despotismo ilustrado, quien apunta nítidamente estas tres dimensiones en su texto “¿Qué es la Ilustración?”. Ilustración, nos dice Kant, es “la salida del hombre de su culpable minoría de edad”, atreverse a saber, sirviéndose del uso público de la razón para reflexionar y avanzar un posicionamiento personal tanto en materia de religión como de costumbres y leyes, así como desarrollar libremente hipótesis acerca del funcionamiento de la realidad natural y biológica. Este proceso de ilustración se propicia en el marco de regímenes que estimulen el librepensamiento, garantizando, eso sí, la obediencia a través de un ejército y unos instrumentos de estado bien dispuestos: ha de estimularse el uso público de la razón, pero en el plano del uso privado es preciso que cada cual se atenga al cumplimiento estricto de sus obligaciones para con el estado o su respectivo puesto de trabajo. “Razonad pero obedeced” remacha Kant, apelando a la figura de Federico de Prusia y sus bayonetas.

De esta forma, la noción de emancipación se talla a un tiempo sobre la Reforma Protestante, la Revolución Científica y las revoluciones liberal-burguesas, comenzando por la Revolución Gloriosa Británica, cuyos efectos serán aprehendidos en las filosofías de la Ilustración. Estos tres procesos no pueden desconectarse de la aparición de los estados modernos, resultantes de la concentración paulatina del

poder en manos de las monarquías en detrimento de los estamentos nobiliarios en la fase final de la edad media, en alianza habitualmente con las burguesías mercantiles. Se configuran aquí las estructuras políticas modernas, directamente conectadas con la creación de ejércitos regulares y armadas, y con la creación de los sistemas tributarios necesarios para financiarlos así como para sostener las políticas de obra pública. El descubrimiento de América y las grandes conquistas del periodo, la creación de los imperios marítimos modernos, sentarán las bases del primer sistema global de intercambio de mercancías a partir de la articulación del llamado comercio triangular: el flujo entre manufacturas europeas, metales preciosos y productos americanos y mano de obra esclava africana. Frente a la ficción liberal del mercado como una suerte de mecanismo de interacción natural en que se expresaría el fundamento de la socialidad humana, el mercado aparecería conformado por los procesos de conquista, concentración del poder y establecimiento de marcos legales y monetarios efectivos, que sólo pueden producirse a partir de los dispositivos políticos de los estados y su capacidad coactiva, y en el contexto de los choques e interdependencias entre los respectivos estados imperiales y composición de las alianzas de clases que los controlen.

124

Mayo
junio
2019

Hegel vería en el entrelazamiento de estos factores el surgimiento de la subjetividad moderna, cuyo punto de irrupción vendría marcado por el cogito cartesiano, que se desplegaría a partir de los principios de libertad y autorreflexión. Sería el arranque de un periodo de transición histórica que se presenta, como nos cuenta el prólogo a la *Fenomenología del Espíritu*, “iluminado por una aurora que cual relámpago pinta de golpe la imagen de un nuevo mundo”. Habermas resume la posición hegeliana de esta forma “la expresión subjetividad (moderna) comporta sobre todo cuatro connotaciones: a) el individualismo: en el mundo moderno la peculiaridad infinitamente particular puede hacer valer sus pretensiones, b) derecho de crítica: el principio del mundo moderno exige que aquello que cada cual ha de reconocer se le muestre como justificado; c) autonomía de acción: pertenece al mundo moderno el que queramos salir fiadores de aquello que hacemos; d) finalmente, la propia filosofía idealista: Hegel considera como obra de la Edad Moderna el que la filosofía aprehenda la idea que se sabe a sí misma” (Habermas, 1985).

Cabe decir, siguiendo a Fernando Miguel Pérez Herranz (véase su artículo “Francisco Vitoria, Descartes y la expulsión de los judíos”) que frente al proyecto de la modernidad vinculada al cogito y a la Reforma, la tradición escolástica hispánica constituyó otra vía a la modernidad basada en las teorizaciones del derecho de gentes y el *ius communicationis* elaboradas por Francisco de Vitoria, junto a las teorizaciones del derecho a la insurrección y al tiranicidio de Francisco Suárez y Juan de Mariana. Desde esta perspectiva de carácter aristotélico tomista, se fija la idea de que el estado es una institución humana fundamentada en un pacto que hace legítimo el ejercicio del poder siempre y cuando se ordene al bien común; de tal manera que cuando el gobierno es tiránico, la población está legitimada para alzarse. Además, se establecen principios de redistribución de la riqueza basados en la necesidad de garantizar la subsistencia de los individuos y el desarrollo de las sociedades humanas. Frente a la idea del cogito cartesiano autorreflexionante, opera aquí la visión aristotélica de que el ser humano es un animal político, porque además de necesitar de la sociedad para cubrir sus necesidades materiales a través del trabajo y el intercambio de mercancías, el ser humano está dotado por naturaleza de la palabra, lo que le permite deliberar acerca de lo justo y lo injusto, fijando leyes que establecen lo bueno y lo malo, que pueden ser cuestionadas y que varían históricamente.

Para Vitoria hay una igualdad de fondo entre los seres humanos, de la que se derivarían los principios del derecho natural que han de regir las relaciones entre los pueblos, y una asimetría en el desarrollo histórico de las sociedades, que explicaría las desigualdades a través de factores sociales y no por factores naturales.

Cabe resaltar, frente a las visiones que presentan el Renacimiento y la Modernidad como un corte respecto al mundo medieval, que las transformaciones doctrinales del pensamiento moderno operan sobre contenidos que se desarrollaron a lo largo de los periodos precedentes, siendo quizás la Escuela de Salamanca y las teorizaciones de Vitoria y Suárez una suerte de gozne entre estas dos épocas.

Retomando la argumentación de Antonio Campillo, si el campo religioso es uno de los planos donde se configura el sentido de la idea de emancipación, no podemos olvidar que la Reforma, además de afirmar la capacidad de cada fiel para interpretar su fe y el hecho religioso desde su conciencia particular y al margen de la mediación

eclesiástica, obedeció a un proceso de insurrección de los príncipes protestantes frente a la monarquía hispánica, que se saldará con los guerras de religión, que desembocarán en la Paz de Westfalia, en la que se fijarán los preceptos de las relaciones interestatales modernas.

Por otro lado, la Revolución Científica instaurará los preceptos de la ciencia experimental moderna, operando el abandono del modelo geocéntrico aristotélico-tomista y construyendo un paradigma mecanicista, la naturaleza como reino de la causalidad eficiente donde rige la predictibilidad, que durará hasta el siglo XX. Paralelamente, surge la idea del dominio de la naturaleza a través de las aplicaciones tecnológicas de las ciencias.

Finalmente, en el plano político la emancipación supondrá la afirmación de los derechos de las poblaciones, mediante la conversión de los súbditos en ciudadanos, frente al sistema estamental y frente a monarquías teocráticas. Este proceso, tras el cual estaba la emergencia de la burguesía como nueva clase dominante, se continuará en los procesos de independencia, emancipación, de las colonias americanas frente a sus metrópolis. La teoría política moderna afirmará los derechos naturales de los hombres (la inclusión de las mujeres como ciudadanas no se logrará hasta siglos después) desarrollando las teorías del contrato o pacto social. Ya hemos visto, sin embargo, que ese planteamiento, si bien toma ahora un alcance diferente, no se puede desconectar de los desarrollos escolásticos acerca de los derechos naturales y la legitimidad de la rebelión. El ordenamiento legal y la forma de estado se considera que ha de manar de un decisión soberana del cuerpo ciudadano, directamente o través de sus instrumentos de representación, que se dota de unos principios y leyes que son legítimas en la medida en que puedan ser expresión de la voluntad general y sean acordes con el respeto a los derechos fundamentales de los sujetos.

El trasfondo de este planteamiento, nuevamente, ha de considerarse en continuidad con la tradición medieval. Los sujetos afectados por el pacto social, y que quedan reconocidos como miembros de comunidad, se piensan como sustancias racionales, depositarios de una dignidad intrínseca de la que gozan por el hecho de ser sujetos humanos. Esa visión ha de verse como una evolución de la noción de dignidad desarrollada en el cristianismo, a partir de la idea de que son el alma

inmortal y la gracia insuflada por Dios en el ser humano las que le otorga sus capacidades racionales y sus derechos. Tal perspectiva está a la base de las tesis del derecho natural que impregnan las propias declaraciones de derechos.

2) Emancipación y redención.

La verdadera ruptura a efectos doctrinales con el pensamiento medieval tiene que ver con cómo la idea de emancipación sustituye paulatinamente al precepto de la redención. La redención cristiana es la vía para liberarse el pecado original que corrompe la naturaleza humana. Al encarnarse en hombre, morir en la cruz y resucitar, Cristo ofrece a la humanidad la posibilidad de redimirse por medio de fe. Es preciso creer y aceptar a Cristo, un acto de libre albedrío (salvo para la óptica calvinista, que afirma la predestinación); pero la mecánica de la redención pasa por fiar en un poder trascendente más allá de la comprensión humana, que ofrece la esperanza de una vida futura a partir del perdón de los pecados.

Obviamente, la emancipación no diluye la gigantesca influencia de la cosmovisión cristiana en sus diferentes vertientes, que si hacemos caso a Weber vendría a configurar, a través de los ideales puritanos de esfuerzo, el espíritu del capitalismo. Pero la emancipación gira las cosas hacia el plano de la inmanencia: es la acción humana, en tanto que expresión de individuos dotados de responsabilidad y capacidad de tomar decisiones autónomas, y comunidades que aspiran a configurarse racionalmente, las que tiene que desarrollar las acciones emancipatorias.

La emancipación se despliega en un escenario ético-político, dando lugar a una pauta histórica que es leída como el avance del progreso social mediante el desarrollo técnico y económico. Kant veía en su texto *Idea de una Historia Universal en Sentido Cosmopolita* la historia como un proceso de desarrollo de las capacidades humanas, a través del ejercicio comunitario de la razón. Pero ese proceso no se desarrollaría armónicamente, sino que resultaría de una disposición oculta de la naturaleza que, a través del juego de la insociable socialidad humana, donde cada individuo y cada pueblo sigue su interés egoísta, acabaría produciendo el avance de los estados y, en último término una sociedad estatal integrada de cara a la cual se limiten los conflictos y las guerras por sus efectos perniciosos sobre la economía y el progreso.

El progreso económico bajo el capitalismo, sin embargo, traía enormes conmociones sociales tanto a los pueblos sometidos a la dominación colonial, como a los sectores obreros en las sociedades industrializadas. Las revoluciones liberales habían conformado los principios de las libertades civiles, pero a principios del siglo XIX buena parte de los varones, las mujeres y los colectivos considerados razas inferiores estaban excluidos de estos derechos. El socialismo utópico construiría un ideal emancipatorio volviendo los ojos hacia las elaboraciones de Moro y Platón y jugando a hacer lo propio a escala de su época. Se diseñaron modelos de sociedad ideal que apuntaban hacia la abolición de la propiedad privada de los medios de producción como premisa para restañar el malestar y las desigualdades sociales, subordinando la gestión económica a la búsqueda del bien común.

Marx y Engels postularon por el contrario un socialismo científico, que pretendía descifrar unas leyes en el proceso histórico a la manera como Darwin había definido las leyes del proceso evolutivo. Cabe decir que su idea de ciencia no era positivista sino que se inscribía en la tradición filosófica hegeliana, concibiendo los sistemas sociales como totalidades orgánicas con un metabolismo propio cuya dinámica era preciso aprehender captando su despliegue histórico. El resultado de captar esas leyes que regularían el metabolismo social sería encarar la problemática de la emancipación, engranando las acciones para liberar a las clases subalternas con los ritmos efectivos de la historia y de la sociedad capitalista.

El núcleo del metabolismo social vendría dado por el trabajo, la actividad vital consciente en que, a través de una acción colaborativa, los seres humanos explotan los recursos de sus respectivos entornos para producir los medios de su existencia material. En los *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Marx expone que la imposibilidad de dominar a la naturaleza desde los precarios medios técnicos de la sociedad primitiva forzó un proceso de división del trabajo que trajo consigo la alienación del producto del trabajo respecto al productor: había aparecido la división social en clases y la desigualdad en el acceso a la riqueza. De esta forma, la existencia concreta del individuo se presenta escindida respecto a sus características esenciales como ser humano: experimenta lo propiamente humano, su actividad en el marco de la producción, como algo ajeno, de tal manera que el producto de su actividad se le opone como un poder social extraño.

Los sucesivos modos de producción evolucionarían a partir de la dialéctica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, definiendo unas formas concretas de estado. El estado sería un instrumento de dominio de clase que preserva el orden social permitiendo mantener a la clase dominante el control de la producción. En las primeras fases de cada modo de producción éstos tendrían un papel progresivo, favoreciendo la ampliación y desarrollo de las fuerzas productivas. Pero conforme avanza el proceso histórico, se iría generando una escisión entre el estado y la sociedad civil, por el que éste acaba limitándola y constriñéndola, desatándose como reacción unas fuerzas sociales revolucionarias que acaban subvirtiendo el orden social.

La secuencia de los modos de producción culminaría con el socialismo y el comunismo. En el socialismo el estado se convierte en un instrumento de dominio de la clase proletaria, procediendo a socializar los medios de producción. Pero al hacer esto, el estado se transformaría en representante efectivo de toda la sociedad, pues las condiciones de emancipación del proletariado pasan por emancipar a toda la humanidad. Bajo el socialismo regiría el principio de “a cada cual según su trabajo”, pero dado que el estado aquí no opera como un instrumento de opresión sino como un instrumento de expropiación de quienes vivían explotando el trabajo ajeno a través del control de los medios de producción, el estado socialista iría diluyéndose, extinguiéndose al realizar su labor: “el estado no será abolido, se extinguirá” nos dice Engels en el *Anti-Dhuring*. Se pasaría así al comunismo, como fase final de la humanidad, en la cual la sociedad se conduce por el principio de “a cada cual según su necesidad, de cada cual según su capacidad”.

El comunismo representaría una sociedad verdaderamente humana, pues en ella la existencia concreta del ser humano se reconciliaría con las características esenciales de la especie: el ser humano como un ser que produce los medios de su existencia de forma colaborativa. De otra forma: el comunismo consuma la emancipación, constituyendo un fin de la historia, porque en él la sociedad se organiza con arreglo a las verdaderas características del ser humano.

Pero el socialismo y el comunismo requerirían de la existencia previa del capitalismo, pues necesitan del desarrollo industrial y de los conocimientos científico tecnológicos para lograr el pleno dominio de la naturaleza: recuérdese que en los

Manuscritos Marx apuntaba que la incapacidad de dominar a la naturaleza en la sociedad primitiva era lo que había motivado el arranque del ciclo histórico de los modos de producción al generar la división del trabajo.

Es relevante subrayar que el esquema histórico de Marx, al igual que el de Comte, es tributario de los marcos del evolucionismo antropológico de su época. Los modos de producción van sucediéndose a nivel de cada sociedad. Pero la realidad histórica del capitalismo justamente se caracteriza por una interconexión de la producción en un mercado mundial y por dinámicas de conflicto interestatal ¿Podría la emancipación revolucionaria suceder aisladamente en un solo país? Lo cierto es que en sus análisis concretos Marx rebasó los corsés doctrinales de sus marcos teóricos, despegándose de cualquier reduccionismo economicista e incorporó reflexiones de naturaleza geopolítica, además de considerar la relación entre la dominación imperial sobre las colonias de las potencias europeas y su propia evolución política. De suponer que el proceso de colonización sería clave para incorporar a los pueblos no europeos a la industrialización, que debía sentar las bases de la transformación revolucionaria, pasó a considerar que los réditos del colonialismo permitían mejorar las condiciones sociales de los obreros en las metrópolis, de tal manera que se conjuraban los procesos revolucionarios.

3) Teorizando la emancipación en la actualidad

Marx situaba a la clase obrera, el proletariado, como sujeto histórico privilegiado para operar la transformación revolucionaria que sepultaría al capitalismo y abriría la nueva época. Al no tener nada que perder salvo sus cadenas, al sufrir las consecuencias de la explotación laboral y el desempleo creciente que generaría la propia dinámica capitalista (ejército industrial en la reserva), el proletariado se vería abocado a unirse, organizarse y tomar el poder por la vía revolucionaria.

Resulta palmario que esas previsiones históricas no se cumplieron. De hecho, los procesos revolucionarios que sí se produjeron lo hicieron en áreas escasamente industrializadas. La escisión social generada por la propia dinámica de acumulación del capital, concentrando el capital en régimen monopolista y proletarizando a pequeños empresarios y sectores intermedios, precisamente se vio atemperada por la construcción de mecanismos de protección social, sistemas públicos de pensiones,

reducciones de jornada, etc. Factores que son conquistas sociales del propio movimiento obrero, cimentados en limitar los márgenes de beneficio del capital, pero que también operaron como válvulas de escape para reducir las tensiones sociales.

Como explicábamos en la sección anterior, tras la II Guerra Mundial, el contrato social keynesiano articuló las sociedades occidentales, implementando potentes mecanismos de redistribución de riqueza a través del estado del bienestar e incluso reconociendo a los sindicatos de clase como actores en el propio marco laboral. Tal escenario construyó un sentido de ciudadanía a través de la autorrepresentación de amplios sectores de las capas trabajadoras como clase media. La clase media es una dimensión aspiracional que remite a la confianza en unos mecanismos de cobertura social, fundamentalmente vinculados al trabajo, y en unos mecanismos de ascenso social a través del acceso a la formación.

Fue este escenario, más que la seducción de las izquierdas políticas por una trampa de la diversidad (Bernabé, 2018), lo que indujo a dispersar los contenidos de la noción contemporánea de emancipación en una serie de demandas no necesariamente relacionadas con la transformación de las relaciones sociales de producción. Cuando operaba la dinámica de la clase media se tendía a naturalizar el orden socioeconómico, emergiendo en cambio reivindicaciones relacionadas con los derechos civiles, el reconocimiento de las sexualidades alternativas, las problemáticas de género además de problemáticas medioambientales que hoy se han tornado absolutamente acuciantes.

La globalización neoliberal desmontó las estructuras de cobertura social, privatizó sectores estratégicos de la economía en lo que Harvey llama mecanismos de acumulación por desposesión, y operó una serie de transformaciones el marco productivo, mediante la terciarización de la economía por efecto de las deslocalizaciones y los cambios en el modelo de producción fabril a través de la robotización creciente, que han erosionado las formas clásicas de acción militante de los colectivos obreros. El sindicato típico y las formas de representación laboral surgieron a partir de un modelo de producción fordista. Grandes centros laborales donde se convivía y se construía una identidad propia en torno al trabajo y las relaciones de compañerismo. En un marco laboral de pequeños centros laborales,

segmentación de la producción e hiperprecarización como el que plantea Uber, se favorece lo que Richard Sennett llama la corrosión del carácter: una autorrepresentación subjetiva fragmentada, incapaz de reconocerse en su vida laboral, asaz inestable, o de configurar expectativas vitales estables.

Una reorganización socioeconómica induce cambios culturales que además son catalizados por una ofensiva ideológica a través de los medios de comunicación y la industria cultural. El neoliberalismo se ha ocupado de crear subjetividades individualistas, que desdeñan las soluciones colectivas e interpretan su vida en términos de relación de consumo, que tienden a extenderse también a la manera de concebir propias relaciones interpersonales. César Rendueles, en su ensayo *Sociofobia*, ha explorado además cómo la expansión de las redes sociales ha rebajado nuestras expectativas y exigencias acerca de las relaciones sociales; el consumismo ha atomizado al extremo las decisiones y expandido una renuencia a la deliberación colectiva; las redes sociales parecen dar herramientas para paliar la fragilidad del vínculo social, pero en realidad sólo contribuirían a encubrir su endeblez, generando un experiencia demediada de colectividad. Si Marx apuntó hacia el fetichismo de la mercancía como la ilusión que articula el sistema de representaciones bajo el capitalismo, presentando el valor de las mercancías de cara a la compraventa como una propiedad intrínseca de las mismas, escamoteando con ello la comprensión del sistema de relaciones sociales que rodean la valorización, el neoliberalismo ha procedido a cebar el fetichismo del deseo: la ficción de que nuestras expectativas y aspiraciones surgen espontáneamente, al margen de nuestra socialización y se satisfacen en el marco de una acción puramente individual.

Las visiones clásicas de la emancipación la concebían como el resultado de una escatología inmanente, un *telos* inscrito en la historia y centrado en Occidente, en virtud del cual el mundo caminaría hacia la superación de la dominación, hacia la paz perpetua, hacia la consecución de la plena libertad o hacia al asentamiento de un nuevo mundo sin desigualdades.

Marx, laborando con las categorías hegelianas, tuvo ante todo la capacidad de romper con la ficción del ego esférico propio del esquema liberal, el sujeto como una sustancia autónoma, mostrando que la subjetividad, en tanto que conciencia activa y deseante, se constituye a través de su ser social. Pero no se desprendió, al menos en

sus formulaciones generales, de ese marco escatológico derivado de la propia Ilustración, y consideró que la transformación revolucionaria en el capitalismo vendría a través de un “movimiento de lo real que supera y anula el estado de lo existente” que sería realizado necesariamente por el proletariado y, en virtud del cual, la humanidad se reconciliaría consigo misma.

Resulta trivial que apelar al propio proletariado, al movimiento obrero o a la lucha de clases como elemento discursivo no produce de por sí, espontáneamente, unidad de acción política. Si la identidad como clase trabajadora estuviera enraizada de esa forma en los sectores populares, los partidos liberales y conservadores no podrían ser partidos de gobierno. Un discurso político opera en la medida en que engrana con una expectativa vital, suscita adhesión emotiva y en tanto que conecta con los valores de los sistemas de referencia de los colectivos a los que se quiere articular. Marx y, sobre todo, la interpretación economicista que se tendió a hacer en los entornos militantes de sus tesis, consideraba sin embargo que la posición de clase en términos socioeconómicos, derivada de la estructura del modelo productivo, suponía una serie de labores históricas. Si éstas no se desarrollaban era porque la alienación ideológica obturaba la comprensión cabal de la realidad del colectivo proletario, integrado por quienes carecen de medios de producción y están forzados a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. Pero este planteamiento sigue atenazado por un determinismo histórico que no se corresponde con los procesos reales de agregación política.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, en su obra *Hegemonía y estrategia socialista*, relaboraron la noción gramsciana de hegemonía para estudiar cómo se construyen los discursos e imaginarios con capacidad de conformar una voluntad colectiva. Cuando una ideología es hegemónica opera a través de una serie de universales en los que la mayoría social se reconoce y obtiene claves efectivas para pensar su realidad. Aunque la hegemonía siempre es inestable: tiene que ser reconfigurada por sus proponentes para retener su vigencia frente a las tensiones que la resquebrajen y los grupos sociales que la disputen.

Sirviéndose de una aparatage postestructuralista, Laclau muestra que el universal o los intereses de clase que sirven para articular lo colectivo o canalizar una reivindicación no son nunca algo previo o estático, sino que se configuran en un

juego de antagonismos. Marx apelaba a las condiciones materiales de vida y a los intereses de clase, en función de la posición en el sistema socioeconómico, como elementos definitorios de los sujetos políticos. Pero estos intereses sólo operan una vez han sido representados como tales por los sujetos en el sistema de disputas que fundamenta lo social, no siendo siempre de carácter económico material.

En los procesos de disputa política, los agentes sociales que quieran ganar la hegemonía tendrán que aplicarse a construir una universalidad, siempre en contraposición a otros agentes que sustenten otro proyecto, en la que se articulen diversas demandas que puedan servir como elemento de movilización y construcción de una identidad, ya sean en torno a derechos civiles, reivindicaciones laborales, etc. Estas demandas formarán una cadena de equivalencias a través de las cuales se dotará de contenido, tratando de redefinirlo, a un significante que sirva como depositario de la universalidad. La política aparece así, no como la pugna entre clases sociales definidas de antemano, a las que pudiera adjudicárseles la condición de sujetos universales y agentes de la emancipación en función de unas tareas revolucionarias adscritas, sino como un proceso de construcción de identidades fluctuantes, sobre la base de disputar determinados significantes capaces de condensar diversas demandas.

Si bien la realidad histórica contemplada a la luz del siglo XXI difícilmente puede validar una visión monista o lineal del curso histórico como la que preconizaba el marxismo clásico, situando al proletariado como tribuno de la emancipación, también hay que poner coto a la idea de una pura proliferación de discursos sin anclaje material. Y lo cierto es que la propia teoría de Laclau no tiene por qué leerse necesariamente en esa línea discursivista. La acción social y la dinámica política no pueden sustraerse a unas bases materiales de existencia configuradas históricamente y encuadradas en el marco de un sistema-mundo que condiciona su decurso. Pero esos factores materiales y el propio cuerpo de relaciones sociales operan a través de las representaciones en que los sujetos humanos, investidos de un marco ideológico y conceptual, las aprehenden y se conducen respecto a ellas, transformándolas. Si bien las demandas de carácter económico laboral no tienen por qué ser siempre los vehículos privilegiados de la dinámica social y de las prácticas emancipatorias, es inexcusable que el marco productivo, el sistema de la apropiación de los medios de

producción y distribución, y la inserción en un escenario geopolítico fijan las condiciones existenciales de cualquier formación social y los límites de la acción política. Zizek apela en *La nueva lucha de clases* al concepto de sobredeterminación para ilustrar esto: “El término sobredeterminación se utiliza aquí en su exacto sentido althusseriano: no significa que la lucha de clases sea el referente definitivo y el horizonte de significado de todas la otras luchas; significa que la lucha de clases es el principio estructurador que nos permite explicar las plurales e inconsistentes maneras en que otros antagonismos se pueden articular en cadenas de equivalencias” (Zizek, 2016)

La manera de acometer pues la dinámica de la emancipación es admitiendo la diversidad de las reivindicaciones como un rasgo característico de una sociedad plural, alejándose de la tendencia a primar la relevancia política de lo socioeconómico para despachar otras demandas como meros subproductos que nos alejan del objetivo o que acaso son cuestiones colaterales. Pero debe advertirse que la estrategia de los grupos dominantes, en particular en un sistema proteico como es el capitalismo, pasa muchas veces por redefinir las demandas que alcanzan más resonancia depurándolas de su dimensión impugnadora, sobre todo en lo que respecta al modelo productivo y a los sistemas de distribución de riqueza. En particular, el neoliberalismo progresista tiene la capacidad de asumir en sus términos buena parte de las políticas de reconocimiento, transmutándolas en demandas puramente éticas en términos de respeto a las opciones personales o reconocimiento simbólico.

Piénsese en la forma en que el feminismo es reducido a una pura crítica a los techos de cristal o a una proclama aséptica de igualdad de oportunidades en un régimen de competencia. Frente a eso, puede interpretarse el feminismo como una teoría que desvela todo el marco cultural heteropatriarcal, por el que se fijan los roles de género y los dispositivos de reproducción social vinculados al trabajo de cuidados sobre dependientes y niños que absorben mayoritariamente las mujeres. En esta clave, el llamado feminismo de los cuidados, por ejemplo, preconiza una ampliación del estado del bienestar para sacar el trabajo de los cuidados del ámbito familiar privado, al tiempo que las teorías *queer* abogan por deconstruir las identidades y

roles de género prefijados, previniendo contra cualquier naturalización de los mismos.

Finalmente, como apunta Nancy Fraser, es preciso que las prácticas emancipatorias incorporen la interconexión entre demandas de reconocimiento, ligadas a la consecución de derechos civiles, con demandas de redistribución de riqueza que palien la degradación de la vida sobre la base de limitar el beneficio empresarial. Si las demandas redistributivas no se conjugan con demandas de reconocimiento, se incurre en una visión economicista que se desentiende de la lucha contra la segregación y la discriminación. Si las luchas por el reconocimiento no se articulan con la pugna por transformar las condiciones materiales de vida, se dejan incólumes los elementos del modelo productivo corriendo el riesgo de que sectores importantes de las mayorías sociales no se vean interpelados o incluso sean seducidos por planteamientos reaccionarios.

III. Conclusión: emancipación en la era posneoliberal

Comenzábamos este texto lanzando la pregunta de si la emancipación había de entenderse necesariamente como un hito revolucionario protagonizado por un sujeto transformador que cambia las formas de vida al transformar las relaciones sociales de propiedad y las estructuras políticas del estado, revolucionando con ello los esquemas simbólicos de estatus y abriendo un nuevo horizonte para los derechos políticos. Tal planteamiento obliga a situar a una clase, definida por su papel en la estructura económica, como el sujeto transformador privilegiado, en el que se condensan todo un juego de contradicciones sociales que recorren el orden político engendrando al instrumento que ha de destruirlo. Para la teoría marxista clásica el proletariado, aquel grupo social que no posee medios de producción y que ha de vender su propia fuerza en el mercado, sometiéndose al régimen de explotación y valorización del capital para vivir. Pero la conformación histórica de los agentes políticos requiere de procesos de construcción de identidad y auto-representación simbólica que no acontecen mecánicamente ni necesariamente se articulan en torno a la posición de clase en términos económicos. Que podamos definir una comunidad de intereses a través del análisis de la estructura económica no implica que esa

comunidad vaya a operar como sujeto político a menos que puedan desplegarse eficientemente prácticas históricas de vertebración. La teoría neogramsciana de Laclau se hace cargo de ese no necesitarismo en los procesos de cambio político y señala a las prácticas de construcción hegemónica a partir de la definición de una cadena de demandas que confluyen en una universalidad inestable, que no está nunca dada de antemano ni viene fijada por lo económico.

Sin embargo, esa proliferación de prácticas, cimentadas en los intercambios materiales y simbólicos en que se funda lo social y cristaliza lo político como un espacio de antagonismos entre colectivos, a nuestro juicio, no puede teorizarse al margen del contexto histórico geopolítico y de las relaciones sociales de producción y distribución de riqueza, que sin embargo se anudan con otras dinámicas simbólicas que se conjugan con aquéllas.

Nancy Fraser partía de este punto para definir una serie de luchas por la justicia como tentativas de acabar con una serie de inequidades y formas de dominación que recorren la realidad política. A partir de ahí podemos definir la emancipación no como un elemento unitario, sino como una serie de prácticas emancipatorias consistentes en combatir las injusticias en las dimensiones en torno a la redistribución, el reconocimiento y la representación.

Ahora bien, las prácticas emancipatorias suponen la movilización y la capacidad de concitar un amplio apoyo social que fuercen transformaciones en esos planos. Y ello convierte a las propias reivindicaciones en espacios de disputa, pues el neoliberalismo progresista tiene la capacidad de asumir en particular las proclamas feministas o antirracistas segregándolas de su trasfondo económico o de su conexión con la reproducción del orden simbólico.

Sin embargo, la pregunta que aflora es la siguiente: ¿superado el espacio westfaliano-keynesiano, en que las demandas de transformación social tenían su asiento en el espacio del estado-nación, y tras los cambios culturales inducidos por la primacía de la ideología neoliberal, cómo canalizar las reivindicaciones en nuestro presente político?

La crisis económica de 2008 supuso una vuelta de tuerca sobre las políticas de austericidio, operándose una pérdida de derechos sociales, laborales e incluso civiles, por el recrudescimiento de los códigos penales de muchos países. Ocurre que esas

medidas austeritarias están exigidas por instituciones del sistema de gobernanza mundial o regional, que tienen la capacidad de presionar a los gobiernos estatales mediante sanciones económicas o restricciones en el acceso a la financiación si no acatan sus directrices. Como mostrábamos en la primera parte del trabajo, esto no ha de leerse como una disolución de la forma estado, sino como la expresión de un sistema-mundo donde se perfilan los proyectos de dominación y articulación geopolítica de grandes potencias, vinculadas de forma compleja con las diferentes agencias del capital globalizado y el mundo financiero. La acumulación por desposesión se ha convertido en el gran instrumento para revitalizar los procesos de reproducción y ampliación de beneficio.

La nota distintiva de nuestro presente es un profundo proceso de reorganización internacional de los centros productivos y de poder que marca la emergencia de China como nueva potencia mundial, en un mundo multipolar que se parece muy poco a la cosmovisión que trató de implantar la globalización neoliberal.

Cualquier demanda emancipatoria se enfrenta al hecho del nivel desde el que está formulada y a quién está formulada. Cambios en las fórmulas laborales, reversiones de los procesos de privatización de los sectores estratégicos de la economía o cambios en las leyes de dependencia o en la cartera de servicios del estado social, se enfrentan, aun en el caso de que pudieran concitar apoyos sociales y tomar espacios en las administraciones del estado o incluso el estado mismo, al hecho de que tendrán lidiar con la oposición de grupos de poder que se vertebran a escala intercontinental, que controlan las economías y los procesos productivos locales, y que están involucrados en una pugna por la redefinición por las áreas mundiales de influencia. El ejemplo de la derrota del proyecto político de Syriza en Grecia, doblegado a partir de las presiones financieras y diplomáticas de la UE, con Angela Merkel y Alemania a la cabeza, es una cruda ilustración de esto.

Las prácticas emancipatorias vienen entonces condicionadas por la capacidad de conquistar espacios de soberanía por los sectores populares, en un momento en que la soberanía de los sistemas democráticos, en la mayor parte de los casos, se ha vaciado de contenido. Se hace menester construir espacios de confrontación frente a la estructuras transnacionales de la agenda neoliberal, poniendo en el centro la defensa del estado social y los derechos humanos. Ello implica la búsqueda de

alianzas internacionales, jugando en el nuevo espacio geopolítico, y recomponer la soberanía popular aspirando recuperar el control de sectores estratégicos como la generación energética o defendiendo servicios públicos esenciales. Pero en primer término, se ha de disputar la hegemonía, recomponiendo espacios de militancia y construcción popular bajo el régimen cultural de atomización que ha dejado la cultura neoliberal como palancas para tomar y retener espacios de poder institucional.

Sin embargo, la realidad posneoliberal, tras el recrudecimiento general del austericidio que se produjo tras la crisis de 2008, viene marcada por el ascenso de fuerzas reaccionarias de carácter xenófobo que, con sus muy diversos matices, plantean discursos contra el globalismo con una gran capacidad de penetración social. Fórmulas xenófobas que plantean un cierre nacional frente a una degradación de las condiciones laborales y una reducción de las ayudas públicas que atribuyen a la llegada de migrantes; apelaciones al identitarismo cultural frente a la anomia que deja tras de sí el proyecto globalizador; un fuerte reacción al discurso feminista y a los derechos lgtbi, esgrimiendo un discurso neoconservador.

El discurso reaccionario que anima a la internacional derechista promovida por Steve Bannon aparece como el antagonista del neoliberalismo progresista. Éste ofrece un feminismo demediado, convertido en una proclama de igualdad de oportunidades para las mujeres empresarias; una sustancialización de fórmulas culturales foráneas, presentadas como identidades fijas en la lógica del multiculturalismo; un canto a la competencia y a la desregulación del mercado global y el abatimiento de las fronteras –a las fronteras a la circulación del capital, claro-junto a los programas de externalización y privatización de servicios públicos; un canto al progreso basado en convertir la vida laboral y económica en la ley de la jungla. Y ante esto, los discursos reaccionarios ofrecen una proclama de seguridad vital y recuperación de la identidad nacional y cultural frente a los poderes que la degradan, y frente a unas élites cosmopolitas que representan la liquidación del estado, con las que identifican a los movimientos progresistas.

Lo sustancial es que la emergencia de la internacional derechista supone una profunda crisis del propio concepto de democracia, por cuanto cuestionan la vigencia de los derechos humanos elementales como núcleo de la vida social.

Los proyectos emancipatorios, en la era de la geopolítica y el posneoliberalismo, han de construir una agenda antiausteridad alternativa a la de la internacional derechista, sabiendo que una proclama sólo alcanza resonancia cuando engrana con el régimen de deseo y las aspiraciones vitales del colectivo al que pretenda interpelar. Es preciso que se recuperen las proclamas del estado social, cimentado en el control de los aspectos estratégicos de la producción, como base para redistribuir la riqueza, frente al nacionalismo identitario. Es imperativo recusar el multiculturalismo desde la defensa de los derechos humanos como rasero universalista al que debería adecuarse cualquier aspecto cultural, sea propio o foráneo.

Finalmente, es preciso recuperar y reactualizar el legado de la Ilustración como proyecto de ordenación sociopolítico nucleado por el racionalismo y el universalismo frente a cualquier proyecto particularista y excluyente. Pero ello pasa por asumir los desarrollos ontológicos y sociales de las filosofías contemporáneas. Incorporar la entraña ontológica del pluralismo de la inmanencia: asumir el no necesitarismo de la historia, frente a cualquier tentación escatológica que fíe en una clase predestinada a operar como sujeto transformador. Construir una visión histórica no disminuida de la razón, como una razón vital, en el sentido orteguiano, que juega en el marco de la acción social de sujetos constituidos a través de su interacción existencial y la composición de su régimen de deseo.

Bibliografía

- Arrighi, Giovanni (2007). *Adam Smith en Pekín*, Akal, Madrid
- Beck, Ulrich (2008). *¿Qué es la Globalización?*, Paidós, Barcelona
- Bernabé, Daniel (2018). *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid, Akal.
- Contreras Natera, Miguel Ángel (2015). *Crítica a la razón neoliberal (del neoliberalismo al posliberalismo)*, Akal, Madrid
- Campillo, Antonio (2010). "Sobre las formas y los límites de la emancipación", *Revista Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 43, julio-diciembre, 2010, 659-669.
- Fernández Gozalo, Jorge (2018). *Manifiesto pospolítico*, Dado Ediciones, Madrid
- Fraser, Nancy (2015). *Fortunas del Feminismo*, Traficantes de Sueños, Madrid
- Fraser, Nancy (1997). *Iustitia Interrupta*, Siglo del Hombre-Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá
- Habermas, Jürgen (1985). *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid.
- Habermas, Jürgen (2008). *Teoría y praxis*, Tecnos, Madrid
- Harvey, David (2003). *El nuevo Imperialismo*, Akal, Madrid
- Harvey, David (2010). *El enigma del capital (y las crisis del capitalismo)*, Akal, Madrid
- Hernández, Esteban (2018). *El Tiempo Pervertido (derecha e izquierda en el siglo XXI)*, Akal, Madrid
- Judt, Tony (2011). *Algo va mal*, Taurus, Madrid
- Kant, Immanuel (2000). *Filosofía de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1991). *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid
- Laclau, Ernesto (1996). *Emancipación y Diferencia*, Ariel, Madrid
- Marx, Karl (2005). *El Capital*, Akal, Madrid
- Marx Karl (2000). *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Akal, Madrid
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2003). "Francisco de Vitoria, Descartes y la expulsión de los judíos", *El Catoblepas*, n.º 12, febrero 2003, p. 8. Disponible en : <http://www.nodulo.org/ec/2003/n012p08.htm>
- Rendueles, César (2013). *Sociofobia (El cambio político en la era de la utopía digital)*, Capitán Swing, Madrid
- Zamora, Augusto (2016). *Política y Geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos*, Ed: Foca, Madrid
- Zizek, Slavoj (2016). *La nueva lucha de clases*, Anagrama, Barcelona
- Wallerstein, Immanuel (2007). *Geopolítica y Geocultura*, Kairós, Barcelona